

**FRANCISCO JAVIER MATÍS, EL NEGRO PÍO,
UN ÁGUILA Y LA HOJA DEL GUACO: UNA
CONTRANARRATIVA DE LA VISIÓN ESPACIAL
DE LAS ÉLITES SOBRE EL TRÓPICO**

*Francisco Javier Matís, Negro Pío,
an Eagle, and the Guaco Leaf: A Counter-Narrative
to the Elitist Spatial View of the Tropic*

FELIPE MARTÍNEZ-PINZÓN*

College of Staten Island, City University of New York · Estados Unidos

* felo.martinez@gmail.com

Artículo de investigación recibido: 9 de agosto del 2011 · aprobado: 16 de diciembre del 2011

RESUMEN

Este artículo muestra que la narración sobre el “descubrimiento” de la hoja de guaco escrita por Francisco Javier Matís (1761-1850) se erige como una contranarrativa de la visión de las élites sobre el espacio tropical. Matís contradice la narrativa desplegada por Francisco José de Caldas (1768-1816). A contrapelo de la visión elitista, el pintor y naturalista autodidacta propone el espacio como producto de conocimientos vernáculos, experiencia personal y participación de la comunidad.

Palabras clave: *Expedición Botánica, Francisco Javier Matís, Francisco José de Caldas, Ilustración en América, Nueva Granada.*

ABSTRACT

the article shows that the narration of the “discovery” of the guaco leaf, written by Francisco Javier Matís (1761-1850), constitutes itself as a counter-narrative to the elitist view of tropical space that contradicts the narrative version provided by Francisco José de Caldas (1768-1816). Going against the grain of the elitist view, the self-taught painter and naturalist proposes space as the product of vernacular types of knowledge, personal experience, and community participation.

Keywords: *Botanical Expedition, Francisco Javier Matís, Francisco José de Caldas, Enlightenment in America, New Granada.*

En mayo de 1801 Alexander Von Humboldt y Aimé Bonpland llegaron a Santafé para conocer a José Celestino Mutis y los trabajos de su Expedición Botánica en la Nueva Granada (Humboldt, 1992, p. 100). La llegada de los científicos extranjeros fue un acontecimiento en la aldeana Santafé de entonces. Los recibieron comitivas y celebraciones, que luego los guiaron a la residencia del virrey Mendieta en compañía de lo más granado de la sociedad. Entre los muchos regalos que recibieron los viajeros estaba una planta conocida como la hoja del guaco. Seguramente los naturalistas granadinos se la obsequiaron a Humboldt y a Bonpland como símbolo del conocimiento vernáculo y como una contribución local a las ciencias universales. Camelot describe así el suceso: “[...] Mutis entregó a los visitantes [Humboldt y Bonpland] una artesa con fragmentos del bejuco de Guaco, que con Pedro Fermín de Vargas [...] habían identificado como efectivo antídoto contra el veneno de las serpientes” (2002, p. 4).

El “descubrimiento” de la hoja del guaco ocurrió algunos años antes, y por cuenta de otras personas distintas a las que hicieron entrega de la planta a los viajeros extranjeros en medio de celebraciones. No fue obra de los más preclaros científicos de la Expedición Botánica —Lozano, Caldas, Mutis o Vargas, como sostiene Camelot— sino de un pintor y naturalista autodidacta, semianalfabeta, sin nombres ni abolengo, de la pequeña ciudad de Guaduas: Francisco Javier Matí (1761-1850); y, antes que él, de otra figura todavía más desconocida, de quien no tenemos ni tan siquiera hoy el apellido sino un difuso nombre: el Negro Pío. Durante sus herborizaciones por las regiones aledañas a Santafé, Francisco Javier Matí fue el guía de Humboldt y Bonpland (Vezga, 1936). Humboldt lo calificaría como “el mejor pintor de flores del mundo y un excelente botánico” (Díaz-Piedrahita, 2000, p. 99). Los naturalistas europeos bautizarían el fruto del mamey con el nombre de *Matisia cordata* en honor a Matí (Díaz-Piedrahita, 2000, p. 115); y este, como si quisiera recalcar el gesto de Humboldt, decidió inmortalizarse en un retrato al óleo, que otro pintor anónimo le hiciera, sosteniendo en una mano la fruta que llevaba su nombre¹ (Bateman, 1955, p. 2).

¹ Este retrato al óleo de Matí se encuentra hoy en el Instituto de Ciencias Naturales de la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá.

El guía local y el naturalista trashumante. El que se queda y el que se va. Entre el que cuenta y el que es contado hay siempre una historia de saberes expropriados (Silva, 2002, p. 503; Nieto, 2008, p. 264), de espacios ignorados, de prácticas culturales escamoteadas. Tal como han sostenido Mauricio Nieto y Renán Silva, la escisión entre saberes válidos e inválidos depende de si se ajustan o no al conocimiento de la historia natural (Silva, 2002, p. 495). Esta es una práctica política de diferenciación por parte de los criollos frente a los negros, indios, mestizos y mulatos, para crear “un espacio propio de saber, un territorio de legitimidad y una identidad como ‘letrados’” (Nieto, 2008, p. 279).

En un texto publicado póstumamente, en 1860, el único que se conoce de él, Matís (1936) cuenta la manera en que “descubrió”² las propiedades antiofídicas de la hoja de guaco mientras herborizaba por las regiones aledañas a Mariquita³. Matís no descubre sino que, simplemente, decide hacer lo que otros botánicos no hicieron: detener su excursión, preguntar y, sobre todo, escuchar y aprender para desplegar la botánica como una narrativa de historización; es decir, como una manera de espacializar lugares, creando formas alternas a través de las cuales los saberes populares puedan mostrar la tenue factura de la naturalización de la cultura por medio de la raza y su organización a través de la historia natural como historia colonial. Quiero leer el relato de Matís sobre la hoja de guaco como un dispositivo para desnaturalizar la narrativa espacial del ilustrado neogranadino Francisco José de Caldas; es decir, como una manera de imaginar la *no-necesidad* del mapa etno-climático caldasiano⁴.

² En el caso particular de la hoja del guaco, no se le puede llamar “descubrimiento” a lo que ya estaba integrado en las prácticas culturales de sujetos que, por estar fuera de la órbita ilustrada y de sus “saberes válidos”, supuestamente estaban fuera de la historia, del espacio-lugar de la Nueva Granada.

³ Esta ciudad del pie de monte andino fue la primera sede de la Expedición Botánica de José Celestino Mutis. Esta sede fue trasladada a Santa Fe en 1791 porque en Mariquita, se dijo, el clima amenazaba la salud del botánico español (Hernández de Alba, 1986).

⁴ Por ‘mapa etno-climático’ (Serje, 2005) me refiero a aquel que el criollo neogranadino Francisco José de Caldas esbozara en su texto fundacional *Del influjo del clima sobre los seres organizados* (1808). Caldas propuso una imagen espacial que perduraría en la mentalidad de las élites andinas colombianas —indistintamente liberales o conservadoras— no solo durante todo el siglo XIX y hasta bien entrado el XX, sino hasta hoy. Construyendo el paradigma ideológico dominante para leer el espacio nacional, Caldas organizó las razas en la geografía intertropical colombiana de una forma casi botánica: los blancos y los mestizos en el clima “beneño” de las

Con una particular gramática, que los literatos del XIX y aún del XX y XXI tacharían de infantil e ingenua (Vergara y Vergara, 1867, p. 135; Bateman, 1955 p. 2; Díaz-Piedrahita, 2000, p. 102), Matís problematiza las relaciones de tránsito entre el botánico y el nativo, abriendo entre ambos una comunidad de prácticas que trascienden el diseño, la herborización, el esqueleto y la final clasificación de la planta bajo la rigurosa gramática linneana; esa gramática fue llamada por Jorge Tadeo Lozano, siguiendo al propio Linneo, “el hilo de Ariadna que nos guía en el laberinto del inmenso número de producciones naturales” (Caldas, 1942, I, p. 124). El texto de Matís sobre el descubrimiento del guaco, y sus ilustraciones de esta planta cortan este hilo de Ariadna, trazando otras relaciones a partir del mapeo de espacios en los que se develan relaciones culturales, económicas y sociales entre los actores —humanos, vegetales y animales— envueltos en la experiencia científica: un pintor y naturalista analfabeto y un esclavo de tierra caliente que experimentan con un águila, una serpiente y una planta; y, atrás, como espectadores marginales, los naturalistas criollos y españoles. A diferencia de sus contemporáneos, entre ellos los científicos Francisco José de Caldas y Jorge Tadeo Lozano, quiero ver en Matís a un practicante del espacio y no a un creador de lugares (De Certeau, 1984, p. 117), que logra, a través de la narración y el dibujo, precisamente, desdibujar las fronteras entre historia natural e historia personal, textualizando la tierra caliente como espacio habitable para el conocimiento y la vida.

FRANCISCO JAVIER MATÍS, PRACTICANTE DE ESPACIOS

Matís nació en Guaduas, en 1763, en tierra caliente, en el seno de una familia pobre (Uribe Uribe, 1963, p. 90). No tuvo educación

alturas andinas, los mulatos en los valles y hoyas de los ríos de la zona tórrida de baja altura, y los negros y los indios en la selvas húmedas. La distribución racial por clímas tiene en Caldas un correlato que obedece a la organización teleológica de la Modernidad. Se baja desde la civilización de las tierras frías al salvajismo de las tierras calientes, que las élites decimonónicas aún entendían como “el verdadero trópico”, por su vegetación y clima. Así, el viaje abajo de los Andes también se plantea en Caldas, sin decirlo, como un viaje en el espacio-tiempo: de Europa a África y del presente al pasado. De esta manera, en la geografía de Colombia, los Andes serían el lugar privilegiado de la historia nacional, y la llanura o la selva tropical su envés arcaico. La Cultura, única e incontestable, en mayúsculas, solamente puede darse a partir de cierta altura barométrica sobre el nivel del mar, después de la cual, supuestamente, comienza a prosperar “la raza caucásica”.

formal. La ortografía de su poca producción escrita da cuenta de ello (Vezga, 1936, p. 39). Lorenzo Uribe Uribe, uno de los pocos biógrafos de Matís, sostiene que Fray Diego García, comisionado por José Celestino Mutis para colecciónar objetos naturales en sus frecuentes viajes entre Honda y Santa Fe, fue quien descubrió “al niño Matís sentado sobre una piedra del camino dibujando las flores del vecino matorral” (Uribe Uribe, 1963, p. 89). Un tiempo después, cuando Mutis instaló la primera sede de la Expedición Botánica en la ciudad de Mariquita, en 1783, Fray Diego García le comentó sobre las calidades del ya joven pintor de veinte años que encontrara entre caminos. Según Uribe Uribe (1963, p. 89), “Mutis lo trató, valoró las promisorias cualidades del joven artista e inmediatamente lo contrató para servir el puesto de pintor en Mariquita”.

La anécdota en que Fray Diego encuentra a Matís en el camino que va de Honda a Santa Fe parece replicar el encuentro de Matís con el Negro Pío en su texto sobre el guaco. Ambos encuentros son producto de la interrupción del tránsito en medio de un trayecto determinado con punto de partida y de llegada predeterminados. El relato de Matís comienza construyéndolo a él como un *storyteller*, pues empieza su historia con la presentación de las circunstancias en las que aprendieron lo que dirán a continuación (Benjamin, 2006, p. 149). Así escribe en la primera línea (Matís, 1867, p. 407):

En la ciudad de Mariquita en el año de 1788, se hizo el descubrimiento del guaco por Francisco Javier Matíz (sic), por haber hallado al negro Pío, esclavo de don José Armero, con una culebra viva en las manos, y haberle preguntado dónde la había cogido.

A través de una tercera persona en la que se despersonaliza, dando una panorámica horizontal de la escena, Matís no encuentra la hoja del guaco sino al Negro Pío; con lo cual la experiencia botánica se inscribe en un cuerpo, no pasa por él o lo ignora, sino que ahí se detiene. Es en el acto de hallar al Negro Pío, “esclavo de don José Armero, con una culebra viva en las manos”, en el que comienza a armarse un espacio de relaciones móviles entre el criado de Mutis y el esclavo de José Armero. No nos lo dice, pero suponemos que Matís va recorriendo, seguramente herborizando, por diferentes sitios de Mariquita. Cautivado por la figura del Negro Pío se detiene a hablar con él.

El conocimiento surgirá de una doble interrupción: Matís interrumpe su labor para hablar con Pío, y este ve su labor interrumpida al ser cuestionado por Matís. La pregunta del herborizador, por “dónde había cogido la culebra”, desata el siguiente diálogo (Matís, 1867, p. 408):

Dijo que [la había cogido] a la venida de la hacienda.

—[Pregunta Matís] ;A qué [sic] te adivino, le dije, las contras de que usas?

—¿A que quizá, contestó, sabrá su merced?

Díjele que usaría del bejuco curare.

Contestó que sí.

—¿De la necha? —Que sí.

—¿De la fruta del burro? —Que sí.

—¿Y fuera de esas usarías otras?

A lo que me contestó: hace poco descubrí otra que me parece es mejor que las nombradas.

Esta conversación crea una comunidad de conocimiento de la que se excluye, por una parte, a la comunidad científica tradicional y, por otra, a quienes leen el texto. Los nombres que citan ambos despliegan un conocimiento que los acerca, a medida que aleja a quienes leen, irónicamente interesándolos más en el misterio. Al tiempo que este diálogo acerca a los personajes en torno a una comunidad de naturalistas prácticos o de “erbateros calificados” (Díaz-Piedrahita, 2000, p. 102), determina un espacio que ambos conocen materialmente, poblando de un lenguaje que le es propio, al punto de la incomprensión para los diletantes. El lenguaje particulariza la experiencia y la naturaleza y, al mismo tiempo, desarma la intemporalidad y el universalismo del manual de botánica linneano. Así se confirma lo que los ilustrados daban por cierto, pero desde la orilla opuesta, subvirtiendo el lugar del científico y el del “ignorante”: “una visible diferencia entre el conocimiento y la ignorancia radica en el lenguaje” (Nieto, 2008, p. 268). Ahora los ignorantes son los “letrados”, que desconocen el lenguaje desplegado por Matís y el Negro Pío en su conversación.

De igual manera, en la conversación hay un *juego* entre vida, conocimiento y muerte, que se replicará a través del texto y que excede también la asepsia del manual botánico. Adivinar el contraveneno de la picadura mortal equivale a salvar la vida y, al tiempo, a descubrir

para la escritura la hoja del guaco y de esta manera inmortalizarse. A través del diálogo, el Negro Pío evalúa los conocimientos de Matís, poniendo a prueba su competencia. El pintor pasa la prueba, con lo cual puede oír y entender el conocimiento del Negro Pío. Matís reconoce que lo que le va a contar el Negro Pío es el descubrimiento que él verificará y luego copiará. Matís, así, se convierte en el copista de Pío; un muy particular traductor para la ciencia tradicional de entonces. Matís (1867, p. 408) escribe:

Y sacando del bolsillo una hoja, me la mostró, y refiriéndome cómo había sido el descubrimiento, dijo:

Que estando desherbando unas yucas en la hacienda de su amo, vino una águila que nombran guaco, y se paró en un árbol: que estuvo cantando guacó, guacó [...] y que luego se dejó caer entre el bosque; y oyéndole dar aletazos, le causó curiosidad de ir a ver qué eran dichos aletazos, y vio al águila en acción de coger la culebra, la cual se le prendió, y en el instante levantó el vuelo, y se fue. El negro la siguió para ver dónde iría a caer, y vio que a la ceja del bosque se sentó y comió de las hojas del bejuco guaco, y retrocedió en busca de la culebra, y la halló en el mismo sitio, y la cogió y se la llevó a comércela [sic] a otra parte; que fue el negro y reconoció de las hojas que había comido, y reflexionó: cuando este animal ha comido de este bejuco, buena contra será.

—Ya he aplicado, añadió, a seis el zumo puro bebido y frotado en las picadas, y ninguno ha muerto.

—Díjele: buen descubrimiento has hecho.

Con su historia, Matís devuelve el conocimiento del Negro Pío a la práctica de observación y experimentación en comunidad. El acto de oír el relato va transformando el lugar del encuentro entre Matís y el Negro Pío en un espacio en donde se dan cita relaciones económicas, procesos de observación del espacio y prácticas médicas. Atando el evento extraordinario del descubrimiento al acto cotidiano del trabajo, Pío escapa por un momento de la sujeción del trabajo esclavo con el sonido del águila que canta “guacó, guacó”. Oye el pájaro y levanta la mirada del suelo —de “desherbar unas yucas”— para llevarla al cielo. Su mirada persigue al águila, que intenta atrapar una serpiente, que la ata- ca. Amedrentada, el águila vuelve a tomar vuelo. Mientras vive el breve

ocio como un momento de apertura al conocimiento, Pío ve descender el águila sobre unas plantas de la selva, de donde extrae la cura que salva su vida. Después de lo cual, el águila vuelve al mismo lugar, protegida por el consumo del contraveneno, para llevarse finalmente a su presa.

El encuentro entre Pío y Matís interrumpe el trabajo de ambos. Sin embargo, al igual que sucede dentro del relato del esclavo, es la interrupción de lo cotidiano lo que llevará al conocimiento. Esta interrupción deshace la ahistoricidad que, según los ilustrados, permeaba las prácticas populares. Según Silva (2002, p. 500), “la idea de los ilustrados era la de que los saberes populares se encontraban dominados de principio a fin por la rutina, la costumbre, la repetición, y que por ello eran obstáculo para el progreso”.

El conocimiento de Pío, por el contrario, proviene de la ruptura de la cotidianidad, del hecho de detener su trabajo y escuchar, mirar e integrar las relaciones entre flora y fauna a su conocimiento. El viaje del águila que pasa se resuelve en epistemología para quien la ve volar y capturar a su presa. La palabra *guaco* integra todo el ciclo de experiencia de Pío. Guaco es el sonido que Pío oye sin ver, luego el nombre del águila que su mirada persigue y, por último, la planta que servirá de contraveneno. El sonido se llena de cuerpo, y el cuerpo toma sentido integrándose en el espacio. En una vuelta de tuerca más radical⁵, podríamos pensar que el cuerpo esclavizado, ganando en epistemología su condición económica que media entre lo animal y lo humano, ocupa un lugar privilegiado desde el cual logra canalizar y expropiar de su conocimiento al águila misma: escucha, captura y traduce la práctica del águila a partir de su canto. El relato de Pío relaciona los cuerpos en movimiento, haciendo del lugar espacio, entendiendo, con De Certeau (1984, p. 112), que espacio es un lugar practicado, construido a partir de las relaciones comunitarias de sus habitantes.

La mirada de Pío sigue un trayecto inverso a la mirada de Caldas. Es en el Observatorio Astronómico de Santafé —dejado al cuidado de

5 Esta intuición verdaderamente poética, sobre el animal como depositario y reproductor de conocimiento, se la debo a una conversación con Gabriel Giorgi. Lo mismo que a Mary Louise Pratt la conexión que se da aquí entre el mundo humano, el vegetal y el animal, a diferencia de la separación categórica que establecían los ilustrados europeos y americanos en sus textos botánicos.

Caldas por Mutis— donde podemos encontrar el punto cero⁶ (Castro-Gómez, 2005), materializado en la arquitectura urbana. La descripción del Observatorio, escrita por Caldas, coincide con la construcción de una persona que se piensa a sí misma como el lente que distribuye, desde el centro, la luz de la que son depositarios los criollos mismos. Según el mismo Caldas (1942, I, p. 59):

Dueño de ambos hemisferios, [al Observatorio] todos los días se le presenta el cielo con todas sus riquezas. Colocado en el centro de la zona tórrida, ve dos veces en un año al sol en su cenit y los trópicos casi a la misma elevación [...].

En la mirada que se dirige a ver las estrellas está también el gesto, ocluido, de no mirar las tierras bajas; lo cual construye, dentro del mapa caldasiano, la altura como centralidad desde donde irrigar, verticalmente, desde arriba hacia abajo, de conocimiento al mapa del virreinato⁷. Caldas mirando a las estrellas es también una imagen para ver, precisamente, a Caldas no viendo, ni oliendo, ni enfrentando una tierra textualizada como salvaje, que no se puede prestar, inmanentemente, a sus designios ordenadores. En oposición a Caldas, como decíamos, la mirada de Pío va del suelo al cielo, y nuevamente al suelo, de las yucas al águila y luego a la culebra, integrando las relaciones entre hombre, fauna y flora. La mirada de Caldas rehúye la práctica integradora, y está en constante fuga hacia el cielo para observar las estrellas, como gesto que se rehúsa, políticamente, a ver/oler el suelo. Mientras que Caldas ve en la selva el lugar de lo ruinoso, de lo enfermo

⁶ Santiago Castro-Gómez construye su conceptualización de “la *hybris* del punto cero” como “la mirada que pretende articularse con independencia de su centro étnico y cultural de observación” (2005, p. 60). Es decir, es la mirada que observa sin ser vista, fuera del sujeto y del objeto (Castro-Gómez, 2005, p. 307), lo que le permite a Caldas y a los criollos imaginarse “estar ubicados en una plataforma neutral de observación, [...] [por medio de la cual] “borran” el hecho de que es precisamente su preeminencia étnica [...] lo que les permite pensarse a sí mismos como habitantes atemporales del punto cero, y a los demás actores sociales (indios, negros y mestizos) como habitantes del pasado” (Castro-Gómez, 2005, p. 59).

⁷ No puedo sino pensar en la lectura que del olfato hacen Adorno y Horkheimer al conectar este sentido con la civilización en los siguientes términos: “As perception and the perceived —both are united— smell is more expressive than the other senses. When we see we remain what we are; but when we smell we are taken over by otherness. Hence the sense of smell is considered a disgrace in civilization, the sign of lower social strata, lesser races and base animals” (Adorno y Horkheimer, 1973, p. 186).

o de lo moribundo, que debe ser dejado atrás porque pertenece al pasado, para Pío es el lugar del conocimiento que salva la vida, y que no conoce de fronteras o límites con el espacio del trabajo.

El conocimiento de la totalidad como epistemología, Pío lo cierra con la experimentación con la comunidad y, luego de su verificación, con la incorporación de la planta a su vestidura. Pío lleva la hoja del guaco en su bolsillo cuando Matís le pregunta por las “contras” que conoce. Transportar la hoja como conocimiento que no se marchita sino que se renueva con la explicación de su hallazgo es hacer del acto de narrar una práctica comunitaria. La narración como conocimiento integra el lenguaje con la naturaleza y el trabajo, al mismo tiempo que relaciona los usos de la hoja de guaco con una comunidad determinada en espacio y tiempo: la ciudad de Mariquita en 1788. Existe una acuarela del escritor y pintor colombiano José Manuel Groot que se llama “Unos yerbateros” (figura 1); en ella aparecen Matís y el cura y botánico Manuel José de Céspedes, quienes administraron los pocos haberes que quedaron de la Expedición Botánica luego de la Reconquista Española y de las Guerras de Independencia. Rayana con la caricatura, pero por ello mismo desinhibida y sin solemnidades, vemos en la pintura a Matís a la izquierda (González, 2009, p. 42), casi de espaldas, rehuyendo la mirada del pintor y concentrado en descifrar una hoja a través de una lupa mientras su boca dibuja un gesto avieso. Matís parece estar hablando mientras el pintor lo dibuja. Siempre presto para ser visto y compartido, un generoso ramo de plantas sale de su bolsillo. A diferencia de Céspedes, su capa nunca oculta el ramo. Mirar, preguntar o hablar se conjugan y mezclan en Matís —como en el relato del Negro Pío— como actos que devuelven el conocimiento a sus relaciones de producción en comunidad. El humorista Groot nos muestra detrás el último detalle que completa el cuadro: atrás dos muchachos herborizan bajo la guía, suponemos, de Matís y Céspedes⁸. Uno de los muchachos recolecta plantas dentro de su sombrero; entre risa y juego, el otro cae de la montaña. No es la comunidad científica que cierra el conocimiento sobre sí misma, sino un aprendizaje que pasa por la cotidianidad y por el cuerpo, para hacer de la experiencia —de la risa, por ejemplo— fruto de las conexiones entre conocimiento y vida.

⁸ Ambos eran profesores de Botánica en la Universidad Central (Torres Torrente, 1884, p. 235).



Figura 1

José Manuel Groot. "Unos Yerbateros". Acuarela sobre papel (circa 1840).

Colección Rivas Sacconi. (González, 2009, p. 42)

OTRAS VERSIONES, OTROS ENCUENTROS

Matís murió en 1851. El lingüista bogotano Ezequiel Uricoechea escribió una nota necrológica, acompañada del texto de Matís sobre el guaco, en la revista costumbrista capitalina *El Mosaico* del mes de febrero de 1860 (p. 33). Ese mismo año, el botánico Florentino Vezga transcribió⁹ en su manual de *Botánica indígena*, a partir del manuscrito original, el texto de Matís (Vezga, 1936, p. 39). Al reconocer que tuvo que corregir su ortografía, Vezga agrega: "Matiz (sic) no era un hombre literato; no era más que un botánico práctico, entusiasta, un botánico del bosque y de la montaña" (1936, p. 39). La versión de Uricoechea y de Vezga coinciden enteramente. En su canónica *Historia de la literatura en Nueva Granada* (1867), José María Vergara y Vergara incluiría esta versión, canonizando el único texto de Matís tal cual el recuperado por Vezga, conjuntamente con los ensayos de Caldas y Lozano¹⁰.

⁹ También Vezga disciplinó el texto de Matís, tal como lo reconoce él mismo. Por ejemplo, cambió la ortografía del apellido del pintor pues Matís escribía su nombre con "s". Sus biógrafos, desde Vezga en adelante, se obstinaron en enmendar lo que entendían como error ortográfico por el normativo *matiz* con "z".

¹⁰ Este gesto de Vergara y Vergara es otro ejemplo, siguiendo a Rama, de cómo la tradición oral se administra desde la ciudad letrada. Es otra escenificación del

Otros escritores posteriores, al escribir reseñas biográficas sobre Matís, reescriben la escena del encuentro entre Matís, el Negro Pío y el subsecuente diálogo sobre la hoja del guaco. Escrita por Bernardino Torres Torrente, encontramos en la revista *Papel Periódico Ilustrado* del 15 de marzo de 1884 una nueva rendición de la historia. A pesar de aparecer adjunta a la reseña biográfica la versión de Vezga, Uricoechea y Vergara, Torres Torrente (1884, p. 234) parece ignorarla y reescribirla de una manera diferente. Leemos:

En el mismo año de 1788 estaba dibujando el señor Mutis [sic] en Mariquita la planta que lleva el nombre de Mikania [Guaco], cuando llegó un negro llamado Pío, curandero, a la pieza donde se ejecutaba el dibujo, y viendo la planta dijo al señor Matís: “Ese bejucu es un admirable contraveneno para la mordedura de las culebras”. El señor Matís le pidió informes sobre ello, [...] el negro le dijo que había un pájaro llamado Guaco que cazaba culebras.

En 1955, Alfredo Bateman, al igual que Torres Torrente, transcribió la versión de Uricoechea y Vezga, de 1860, pero, además de cambiar el nombre de Mutis por el de Matís, invirtió las circunstancias y el lugar del encuentro. No es Matís quien interrumpe a Pío mientras este trabaja, sino Pío quien entra al laboratorio e interrumpe a Matís mientras dibuja. Me llama la atención que sea el Negro Pío, a quien llaman “curandero”¹¹, quien entre a la Casa Botánica de Mariquita y, viendo el dibujo de Mutis (en la versión de Torres Torrente) sobre el guaco no

problema político de sumar la oralidad a la tradición nacional, disciplinándola, poniéndola a órdenes de un proyecto de nación. Escribe Rama: “La constitución de la literatura, como discurso sobre la formación, composición y definición de la nación, [...] implicaba asimismo una previa homogenización e higienización del campo, el cual solo podía realizar la escritura. [...] [La ciudad letrada] [a]bsorbe múltiples aportes rurales, insertándolos en su proyecto y articulándolos con otros para componer un discurso autónomo que explica la formación de la nacionalidad [...]” (Rama, 1984, p. 74). En el mismo sentido, Mauricio Nieto dice: “dichas experiencias locales [de los saberes populares] suelen ser incorporadas dentro de los discursos letrados” (2008, p. 265).

11 La carga derogativa de esta palabra es evidente entre las élites letradas de entonces y ahora. Jorge Tadeo Lozano, en su “Memoria sobre las serpientes” (1808), se refiere a los curanderos como “charlatanes que sin la menor instrucción y por puro capricho se dedican a médicos de estos accidentes [mordedura de culebras], y se creen en posesión de los verdaderos antídotos de la ponzoña” (Caldas, 1942, I, p. 115). Yerbatero es una palabra que se asocia frecuentemente con curandero.

le pregunte a él, sino, y en una voz disciplinada, a Matís. Será la planta dibujada —ya llamada guaco— la que despertará la curiosidad del curandero y revelará el misterio. En esta variación sobre la historia del guaco, el conocimiento comienza y termina en la sala de dibujo de la Casa Botánica, que es lo que llama Mauricio Nieto *un centro de cálculo*, es decir el lugar en “donde se acumula información necesaria para tener control sobre el conocimiento” (Nieto, 1995, p. 49). Con las variaciones de Torres Torrente y de Bateman se crea otro espacio de conocimiento. No es la narración surgida de la observación, la interrupción y la pregunta, en medio del trayecto botánico, la que descubre al tiempo una cura antiofídica y un espacio donde están en relación el conocimiento, la narración y la comunidad. En las variaciones de Torres Torrente y Bateman se invierte el trayecto de conocimiento. El Negro Pío entra a la sala de dibujo e interrumpe el trabajo de los botánicos. Ahí la relación espacial entre el sonido guaco, el águila guaco y la hoja del guaco se encuentra silenciada, pues se anula la pertenencia de la planta, a través de su práctica, a la comunidad. Es el Negro Pío quien, al verla y contarle a Matís que es un “admirable contraventeno para la mordedura de las culebras” (Torres Torrente, 1884, p. 234), la extrae de la impersonalidad del dibujo botánico y le devuelve su especificidad comunitaria. El Negro Pío interrumpe el trabajo de los botánicos y con su relato devuelve la planta a la relación espacial entre el sonido guaco, el águila guaco y la hoja del guaco. Afuera y adentro de la sede de la Expedición, es el Negro Pío quien espacializa los lugares de herborización fetichizados en las ilustraciones botánicas.

En la nota biográfica de Torres Torrente hay un retrato de Francisco Javier Matís, de autor anónimo, que parece escenificar esta continuidad que el Negro Pío inaugura, en la sala de dibujo, entre el dibujo y la planta, haciendo del lugar espacio. En ella vemos a Matís frente a un papel del cual sale, o al cual entra, una planta (figura 2). La interrupción del trabajo en ambas rendiciones de la historia del guaco abre la cotidianidad al conocimiento, restituyendo la práctica científica a la naturaleza y a la comunidad. El pintor dibuja a Matís en una escena seguramente muy usual en la vida de un ilustrador botánico: frente a una hoja y frente a una planta al mismo tiempo; lo procesado y lo natural como los materiales primarios para ser reunidos en un dibujo. Sin embargo, la carencia de plumillas, de tinta y de otros

implementos disloca la escena arrojando luces sobre el túnel de continuidades que se dan cita entre la planta y el papel, fundiéndose ambas en una. La mano de Matís sin pluma —sin objeto de trabajo— señala sobre el papel, casi imperceptiblemente, el *continuum* que se abre entre el trabajo-naturaleza y el papel-hoja. La planta entra y sale de la hoja de dibujo como si creciera de ella.



Figura 2

Retrato de Francisco Javier Matís. Autor anónimo. 1884.

Papel Periódico Ilustrado, IV, 233

Matís trabajó como dibujante en la Expedición Botánica de la Nueva Granada por más de treinta años, de 1783 a 1816 (Díaz-Piedrahita, 2000, p. 90). De las 6619 láminas —6717, de acuerdo con González Suárez (1808, p. 122)— que los españoles se llevaron consigo en junio de 1816, en 104 cajas, cuando entró el ejército pacificador de Morillo a la capital, y que hoy están en el Real Jardín Botánico de Madrid, Matís firmó “175 ícones policromáticos, varios de ellos espléndidos, y 40 en blanco y negro. Parte mínima de su labor ya que los artistas mutisianos firmaban solamente algunas de sus producciones” (Uribe Uribe, 1963, p. 90).

Dentro de estos dibujos se encuentra su ilustración en blanco y negro de la hoja del guaco. Como en otras láminas, Matís escribe, con su “peregrina ortografía” (Hernández de Alba, 1986, p. 45), notas a lápiz debajo o detrás del dibujo. En esta encontramos, en la margen inferior izquierda, la anotación: “guaco contra benenos de culebra”. Esa anotación, escrita precisamente con esa ortografía tan contraria a la (i)legibilidad del latín (Nieto, 2008, p. 276), devuelve la planta al contexto oral de donde provino. Interesa la doble materialidad del gesto escrito que aterriza el dibujo en su historia particular y esta en la historia de un hombre iletrado. Matís se prueba así como miniaturista en dibujo, pero también en literatura, haciendo de la historia natural historia personal¹² (figura 3).



Figura 3

F. J. Matís. *Guaco contra benenos (sic) de culebras* (circa 1788)

(Archivo Jardín Botánico de Madrid)

Santiago Díaz-Piedrahita (2000, p. 93) encuentra que, “siguiendo el modelo institucionalizado por Mutis”, las plantas dibujadas por

¹² Esta ilustración de Matís de la hoja del guaco se puede ver en el archivo digital del Real Jardín Botánico de Madrid (RJB-CSIC): <http://www.rjb.csic.es/icones/mutis/paginas/laminadibujo.php?lamina=1783>.

Matís son “intemporales pues representan simultáneamente todas las características de la planta a saber, capullos florales, flores maduras, frutos inmaduros y en sazón, y hojas jóvenes y adultas vistas tanto por la haz como por el envés”.

Al intervenir sus propios dibujos con su particular caligrafía, pienso que Matís interrumpe la intemporalidad de la ilustración botánica ordinaria, afincándola en un particular espacio-tiempo, al pasar la ilustración por la biografía de quien la pintó, haciendo el tránsito de la objetividad científica a la subjetividad biográfica. La hoja rota, incompleta, unos pocos centímetros más arriba de la anotación de Matís, puede darnos algunas claves más sobre esta apreciación. Me parece que esa hoja interrumpida, rota adrede, es la que nos deja ver la anotación, que de otra manera habría permanecido debajo suyo. No es el margen el que corta la hoja, sino la mano del pintor. En esa hoja rota, como en otras que Matís dibuja, se quiere revivir la interrupción como narrativa del conocimiento, a partir de la cual contar un lugar haciéndolo espacio; es decir, integrando la historia natural a la historia personal, la asepsia del manual botánico a la historia.

LA PRÁCTICA DEL CONOCIMIENTO

El relato de la historia del guaco no termina con la conversación entre Matís y el Negro Pío en un lugar hecho espacio al aire libre en Mariquita. Luego de ella, Matís se devuelve a la Casa Botánica y le cuenta a José Celestino Mutis lo sucedido. Incrédulo, Mutis le pregunta si verificó que la culebra de Pío tuviera dientes; Matís contesta que no. Lo insta a verificarlo y, si es el caso, volver con el Negro Pío a la Casa Botánica para comprobar el descubrimiento. Antes de llamar al Negro Pío para que concurriera a la Casa Botánica, José Celestino Mutis reúne como testigos presenciales del descubrimiento a “los señores doctor Ugalde, canónigo, al padre Álvarez, jesuita y el doctor don Pedro Fermín de Vargas” (Matís, 1867, p. 411). Cuando Pío se hace presente, José Celestino Mutis le dice:

[E]stos señores quieren que los cures; si te atreves.

—Respondió que sí.

—Díjole el doctor Vargas: vamos a la obra.

—Díjole el negro: no, mi amo, ahora no; eso ha de ser por la mañana.

—Bien, dijo el señor Vargas: prevén lo que sea necesario, y ven acá por la mañana.

En estas intervenciones no hay diálogo. Hay, primero, un reto que pone al Negro Pío entre la celebridad y el crimen. Si se atreve a experimentar y fracasa, se convierte en un criminal. Luego de que acepta, hay órdenes, pero extrañamente órdenes que son y pueden ser desobedecidas. Ante el “vamos a la obra” de Vargas, Pío contesta: “no, mi amo, ahora no; eso ha de ser por la mañana”. Vargas no pide explicaciones. Por una parte, el conocimiento de Pío lo recubre de un inusitado poder frente a los botánicos-amos que le permite negarse frente a una orden explícita. La negativa no va acompañada de razones, sino de una misteriosa verdad: “ha de ser por la mañana”. A pesar del misterio de la condición que impone Pío, el doctor Vargas no se interesa por saber las razones. Tal vez las lea anticipadamente como motivaciones que poco tienen que ver con la ciencia. En todo caso, esta negativa suspende el sentido del texto. No lo cierra como los textos de los naturalistas de la época. Esa carencia de conocimiento frente a las razones que Pío arguye nos lleva a preguntarnos por las motivaciones que exceden el conocimiento científico ordinario. ¿Existe una relación entre la hoja del guaco y la madrugada? ¿De la captura de serpientes con la hora del día? ¿Pío se niega simplemente a interrumpir su trabajo para exponer su conocimiento frente a los botánicos? Existe algo del conocimiento de Pío que no puede ser disciplinado bajo el lente científico, lo cual lo libera de su cooptación por el discurso ilustrado y la tradición literaria nacional en construcción porque “más efectiva que la descalificación de los saberes populares, es su *comprensión*” (Nieto, 2008, p. 279).

A la mañana siguiente vuelve el Negro Pío. Antes de exponer el descubrimiento a los botánicos de la casa de Mutis, nos cuenta Matís que él y Pío volvieron “a la oficina, machacamos bien las hojas, las envolvimos en un trapo, exprimimos el zumo y lo guardamos en un vaso” (1867, p. 410).

El trabajo conjunto en la preparación de la “contra” hace a Matís alumno de Pío, al mismo tiempo que pone la sede de la Expedición Botánica al servicio del esclavo. Matís ha trasplantado a la huerta de la casa, nos cuenta, “hartas hojas de las dichas matas” (1867, p. 410), con

lo cual vence la frontera insoslayable entre el jardín y la selva en un espacio integrado a la vida cotidiana en la economía de la supervivencia: la huerta.

Previa la preparación del contraveneno, la comprobación pública del descubrimiento —el experimento— se lleva a cabo. Mauricio Nieto resalta un punto clave en la distinción entre “experiencia” y “experimento” de acuerdo con el saber normativo de los ilustrados, según el cual “los campesinos tienen experiencia, pero carecen de la disciplina para hacer ‘experimentos’ bajo los controles y protocolos necesarios” (2008, p. 271). La escena que enmarca el relato de Matís le da la vuelta a esta distinción: el Negro Pío y Matís practicarán el experimento exhibiendo la experiencia frente a un público de ilustrados que nunca logra participar de su conocimiento. En efecto, Pío trae la culebra e inocula el zumo en los cuerpos de los asistentes. Deja la culebra en el piso y los insta a que la recojan; ninguno de los canónigos y botánicos se atreve a levantarla. Pedro Fermín de Vargas, finalmente, levanta la culebra y la deposita en el piso. La culebra no lo pica. Matís la levanta dos veces y no lo pica tampoco. Con humor y cierta alevosía, le dice a los botánicos luego de cogerla: “¿ven ustedes? ¡y están con miedo! No fue posible” (Matís, 1867, p. 411). Después de lo cual escribe:

Yo, Matiz, me quedé pensando: si la culebra no pica a alguno, no quedo satisfecho de la curación. Me resolví a irritarla haciendo reflexión: ¿qué puede ser? aunque me pique, aquí está el curandero a quien le tengo fe. En efecto, me agaché y le fui rascando por encima; [...] revolvió con ligereza y se me prendió, clavándose los colmillos en los dos dedos centrales de la mano derecha. [...] El negro, que tenía en el boca hoja mascada del dicho guaco, me tomó la mano y chupó donde le mostré me había picado, escupió, y me dijo:

—No tenga su merced cuidado.

En esta escena hay dos relaciones diferentes del cuerpo con el conocimiento. Los botánicos miran la víbora, guardan distancia y nunca se atreven a recogerla, en una relación en la que se corresponden el miedo a la muerte, la desconfianza frente al conocimiento vernáculo del esclavo y la presencia/ausencia del cuerpo en el relato. Tal vez sea el cuerpo de José Celestino Mutis el que más sufre de esta operación; su

miedo y desconfianza frente al conocimiento del esclavo son tales que su cuerpo desaparece del relato. Al contrario suyo, Matís y Pío se corporizan más y más a medida que el relato transcurre. Ninguno de los dos guarda distancia frente a la víbora. Confiando en las virtudes del tratamiento del Negro Pío, Matís recoge la víbora del piso y provoca la mordida sobre su mano. La curación del cuerpo de Matís pasa por el cuerpo de Pío quien le succiona la herida con la boca llena del zumo del guaco. Luego de que Pío práctica su curación sobre Matís, este —ante la expectación de los asistentes— se va a su “asiento a seguir en la pintura” (Matís, 1867, p. 411). La experiencia corporal del conocimiento antecede la práctica de la pintura botánica y la escritura. A diferencia de otros botánicos de la época, en Matís el diálogo desinhibido, la confianza en las habilidades del nativo y la experimentación corporal dejan sus marcas en el producto científico-artístico que el naturalista elabora.

Matís nunca publicó la relación del descubrimiento del guaco. Fue Pedro Fermín de Vargas, a pesar de no haber sido picado por la serpiente, quien, y cito a Matís, “hizo la descripción de este descubrimiento y la remitió a esta capital [Santafé de Bogotá] en dicho año [1788], y aquí la estamparon en el periódico que se publicaba” (1867, p. 139).

La relación del descubrimiento del guaco también apareció en el madrileño *Semanario de Agricultura y Artes Dirigido a los Párracos* en 1798. En prosa impersonal, el relato publicado en esta revista no surge, como el de Matís, de la interrupción de un trayecto. El texto no descubre relaciones sociales como prácticas de conocimiento de un espacio. El relato se presenta como la certificación de una historia ya contada, con lo cual el depositario del conocimiento nunca deja de ser Vargas, a instancias de quien se pública el texto. El semanario español dice: “[...] habiendo estado en Mariquita dicho Vargas [Pedro Fermín] el año de 1788, quiso *certificarse* por sí mismo de lo que habían contado de la planta de que usan los negros de aquellas cercanías del río de la Magdalena para coger vivas las culebras, manejarlas y llevarlas consigo sin experimentar daño alguno” (1798, p. 398). El viaje de Pedro Fermín de Vargas a Mariquita no es tal. Él no se desplaza para conocer la historia del guaco, sino que la historia se desplaza para alcanzarlo, obliterando inclusive su desplazamiento, “habiendo hecho venir desde

la tarde antes a un negro que pasaba por el más diestro en aquellas peligrosas experiencias [de dejarse picar por serpientes]” (*Semanario de Agricultura y Artes*, 1798, p. 398). A diferencia del relato de Matís —a quien se borra en el semanario español de la mayor parte del relato, para solamente mencionarlo con ocasión de la mordida que sufre—, para Vargas encontrarse con el Negro Pío no es lo que suscita el descubrimiento. Por el contrario, es la impersonalidad de una historia que pasa de boca en boca sobre la manera en que una comunidad esencializada —“los negros del Río de la Magdalena”— usan una particular yerba para protegerse de las culebras. En el relato del semanario español se borra nuevamente la particularidad de la historia de Matís y el trabajo esclavo del Negro Pío, con lo cual las prácticas comunitarias de contar, curar y jugar entre la vida y la muerte se borran en el relato informe que descubre a Vargas como el héroe ahistórico, que no sufre en su cuerpo la mordedura, sino que la verifica en el cuerpo de otro, tal como confirma una historia que, de antemano y sin explicarnos cómo, ya conocía: confirmado Vargas con esta experiencia de lo que decía el negro curandero, le hizo varias preguntas relativas al conocimiento de plantas contra las culebras y otros secretos (*Semanario de Agricultura y Artes*, 1798, p. 400).

Tras esto, la voz del Negro Pío —como la de Matís— queda silenciada, y pasa a engrosar un informe de las características de la yerba, su preparación y su uso, que son fruto no del diálogo sino del interrogatorio que sirve para silenciar las prácticas que subyacen y constituyen el conocimiento de Pío.

EL VIAJE BOTÁNICO COMO TEXTO AUTOBIOGRÁFICO

La relación del descubrimiento del guaco de Matís es un texto que no se agota con el hallazgo de las propiedades curativas de la planta. El descubrimiento del guaco no marca el fin ni del viaje ni del relato, como sí lo hace en la rendición del semanario español. Al contrario, en los últimos párrafos del texto, vemos cómo Matís practica curaciones con la planta en lugares a los que vuelve periódicamente para verificar “si ocurriere alguna novedad” (1867, p. 413). Las expediciones de Matís no son un tránsito entre un lugar y otro para buscar una planta o un objeto. Para él, encontrar el guaco no implicó abandonar la región para no volver y emprender un nuevo viaje hacia otro lugar. Antes bien, el

descubrimiento modificaría su vida al punto de que el texto sobre el guaco —casi como si lo inoculara— no lo concluye sino con su propia muerte. La primera fecha que aparece en el texto es 1788 y la última es 1848, tres años antes de la muerte del pintor, con lo cual sospechamos que la escritura del texto sobre el guaco, en Matís, acompaña gran parte de su vida. Seguramente debido a su avanzada edad —Matís murió a los 88 años— no pudo observar personalmente si el último paciente tratado con guaco sobrevivió gracias a las curaciones. Entonces, Matís refiere el nombre de otro curandero, de nombre Nicolás Cárdenas, que administró la planta a un hombre moribundo: “[...] y quedó curado —escribe Matís— y hasta el año de 1848 no murió. Y dicho sujeto Nicolás [el curandero] vive en Hatoviejo” (1867, p. 413). Con ese final tampoco termina el texto. Matís insta al lector a viajar al pueblo de Hatoviejo, preguntar por Nicolás Cárdenas para hablar con él, averiguar si la persona a quien inoculó con guaco sobrevivió gracias a esa contra. El texto, así, escenifica el final no como la conclusión del viaje sino como el inicio de otro: completar una experiencia inacabada, volver a Hatoviejo para hablar con Nicolás Cárdenas de la misma manera que Matís habló con el Negro Pío.

En *Del influjo del clima sobre los seres organizados* (1966), Caldas describe una escena que cuenta con todos los materiales para ser parecida a la que narra Matís: hay una excursión herborizadora por tierra caliente, un curandero, serpientes, contravenenos y un naturalista. Sin embargo, a pesar de ello, Caldas nunca hace de su relato una experiencia de conocimiento que espacialice el lugar de la excursión integrando vida, comunidad y trabajo. Significativamente, localiza la historia en un pie de página, subordinándola al género ensayístico, y declarando así su prescindencia. Lo que para Matís es su único texto, para Caldas es una historia marginal. La marginalización, en efecto, es lo que escenifica este pie de página de Caldas. En él, el botánico ocupa el presente del pensamiento naturalista y el indígena el pasado atávico del conocimiento azaroso y experiencial (y sin experimento). Al igual que la “Memoria sobre las serpientes”¹³, de Jorge Tadeo Lozano (1808), Caldas

¹³ Publicada en el primer número del Semanario de la Nueva Granada de 1808 (Caldas, 1942). Mauricio Nieto (2008, p. 266-275) ha hecho un análisis detallado de la relación entre saberes populares, conciencia letrada y expropiación de conocimientos locales en este escrito de Lozano.

en su relato no abandona nunca su glosario de conceptos linneanos para ingresar, desprevenidamente, en las prácticas del nativo que lo guía por “las selvas dilatadas de Mira, Bogotá, Santiago, Cayapas, etc.”, haciendo de la selva una y la misma en varios lugares (1966, p. 98). El lenguaje que usan los ilustrados “enmarca el discurso sobre las serpientes dentro de una tradición médica y química ilustrada; cambian de nivel y le otorgan a Lozano [o a Caldas o a los ilustrados criollos] reconocimiento como hombre de ciencia” (Nieto, 2008, p. 271).

La corta nota de Caldas es una nueva rendición de la práctica de expropiación del conocimiento (Silva, 2002, p. 503) como ejercicio de fingimiento por parte del “blanco”, de desconfianza, primero, y luego de generosidad inocente, por parte del nativo. En una escena mil veces repetida en la cultura latinoamericana, al ver que la selva estaba plagada de serpientes y que el indígena conocía los contravenenos, Caldas escribe: “procuré de todos modos merecerme su amistad [la del indígena] y halagaba su pasión por la bebida, le hacía presentes, y cuando creí que poseía su confianza, le pedí me manifestase sus secretos y sus yerbas” (1966, p. 98).

El nativo cede y es expropiado, porque la matriz del relato, casi mítica, está en la confirmación, por una parte, de la habilidad del blanco para seguir engañando al indígena y, por otra, de la inocencia repetida de este que revalida la dominación de aquel. Sin embargo, la expropiación no puede ser absoluta, porque Caldas no logra suspender su marco de referencia linneano (Nieto, 2008, p. 279). Decodifica siempre las plantas que le suministra el nativo bajo el lente de la botánica convencional (Caldas, 1966, p. 99):

[...] lo que me admiró y llamó toda mi atención fue que todas las plantas que me presentó [el indígena] como eficaces en las mordeduras de serpientes eran de un solo género: todas eran *beslerias*. ¿Cómo este rústico jamás equivocaba el género, este género tan variado y caprichoso?

Ante esta pregunta, Caldas decide que es la experiencia lo que ha suplido su ignorancia en “los nombres de Linneo, de familias, de géneros, de especies” (1966, p. 99). La correspondencia de la planta con el manual botánico europeo es lo que legitima el conocimiento, y no la práctica cotidiana de su relación con ella, ni la historia que subyace a su

descubrimiento. Naturalmente, a Caldas nunca le interesó realmente, a diferencia de Matís, hablar e interactuar con el indígena, aprendiendo desinhibidamente de él; sino simplemente llevarse consigo los contravenenos y experimentar con ellos de vuelta en el laboratorio santafereño: “estos hechos deben llamar *nuestra* atención y estimularnos a que *hagamos* experimentos con todas las beslerias” (1966, p. 100)¹⁴. Ese nosotros, naturalmente, no incluye al indígena, sino a la comunidad de ilustrados que lee *Del influjo del clima...* en el *Semanario de la Nueva Granada*. La *Besleria*, con ese nombre, solamente puede ser identificada por ellos, con lo cual se termina de cerrar el círculo, nuevamente, entre los naturalistas, el manual linneano y la naturaleza cercenada de sus prácticas comunitarias.

Caldas y Lozano, entre otros tantos naturalistas, expropián el conocimiento para marcharse con él y dejar atrás, silenciadas, el cúmulo de relaciones sociales que le dieron nacimiento, haciendo, nuevamente, en sus textos, del espacio lugar. Para los naturalistas como ellos, a sus textos los justifica el producto recolectado —en este caso, la *Besleria*— y su experimentación por parte de una comunidad científica. En “erbateros calificados” (Díaz-Piedrahita, 2000, p. 102), como Matís, la yerba no es la conclusión del texto, ni es tampoco la justificación del viaje. Todo lo contrario; la historia del hallazgo del guaco comienza, estructura y captura la vida de Matís, viajando con él hasta nosotros, una comunidad abierta de lectores. Nunca como en Matís, al contrario de Caldas, el guaco fue una planta social, es decir “aquella que no se ve jamás separada del hombre, y que, compañera fiel de nuestra especie nos sigue a todas partes y aborrece los desiertos” (Caldas, 1966, p. 104). Tanto como el guaco es planta social para Matís, su texto también lo es; jamás separado de él, viajando en su bolsillo, aborrece los desiertos en otro sentido: puebla de voces y prácticas sociales espacios que otros, en cambio, fantaseaban despoblados para justificar, con un pretexto, su dominación. Así, Matís propone una manera de sobreponerse a la alienación frente a la naturaleza contenida en la imaginación espacial de Caldas y abre la posibilidad de la historización de la naturaleza, similar a lo que Harvey (1996, p. 135) llamó un “re-enchantment’ with the world (sometimes depicted as over-coming alienation from nature)

¹⁴ Las cursivas son mías.

as opposed to the disenchantment embedded in that creation of nature as ‘other’ in Enlightenment thought” (Harvey, 1996, p. 135).

Lejos de prácticas elitistas de conocimiento, el viaje herborizador de Matís alumbra el envés de las prácticas sociales que constituyen la historia natural como herramienta de poder; es decir, como discurso que pone en funcionamiento una cierta idea de continuidad de la naturaleza —ese hilo de Ariadna del que hablara Lozano— inherente e inalterable que puede brindar al *status quo* político una narrativa deshistorizada. “Natural history must provide, simultaneously, a certain *designation* and a controlled *derivation*”, escribe Foucault (1994, p. 138), de tal forma que la tarea fundamental de la historia natural es, claro, ordenar la naturaleza (Foucault, 1994, p. 154), pero en un movimiento que separa al organismo de su ambiente —o de su espacio, en nuestros términos—, aislando, a mi parecer, en un espacio sin historia, un lugar sin comunidad (Foucault, 1994, p. 156):

Since this history [Historia Natural] is not defined by any relation of organism to environment, the living forms will be subjected in it to all possible metamorphoses and leave behind them no trace of the path they have followed other than the reference points represented by similitudes.

En el texto de Matís, la relación de los cuerpos con la hoja del guaco, y la historia de la designación de su nombre —guaco es la hoja, pero también el sonido que hace el águila que la come— se abre el espacio para la interrupción de la continuidad propuesta por el discurso de la historia natural, que concibe su narrativa a partir de un orden de similitudes entre plantas. En este sentido, el texto subvierte la historia natural y permite observar las relaciones sociales de los hombres con las plantas y los animales en un espacio “desordenado” en donde la continuidad no opera por similitud. No es que Matís devuelva la naturaleza a un orden que no es más que cambio, desorden o turbulencia¹⁵ (Foucault, 1994, p. 148) —tal como pensarían los naturalistas de la época, que lo llamaban *yerbatero*—, sino a una organización diferente, en la que las relaciones obedecen a la experiencia que pone en relación de continuidad —de otra continuidad— a la hoja de guaco con el águila

¹⁵ “[...] order [...] which is nothing more than chance, disorder or turbulence” (Foucault, 1994, p. 148).

que la come, y a esta con su presa, la serpiente venosa, y a todos estos con la comunidad de humanos que cohabita con ellos en el espacio.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Adorno, T. y Horkheimer, M. ([1947] 1973). *The Dialectic of Enlightenment* (John Cumming, trad.). New York: Continuum.
- Bateman, A. (1955). Francisco Javier Matiz. *Hojas de Cultura Popular Colombiana*, 55, 2-7.
- Benjamin, W. ([1936] 2006). The Storyteller: Observations on the Works of Nickolai Leskov. En H. Eiland y M. W. Jennings (Eds.), *Walter Benjamin: Selected Writings* (Vol. 3, pp. 143-166, E. Jephcott y otros, trads.). Cambridge: Belknap Press de Harvard University Press.
- Caldas, F. J. de ([1808] 1942). *Semanario del Nuevo Reino de Granada* (Tomo 1). Bogotá: Editorial Minerva.
- Caldas, F. J. de (1966). *Obras completas de Francisco José de Caldas*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Caldas, F. J. de ([1808] 1966). Del influjo del clima sobre los seres organizados. En *Obras completas de Francisco José de Caldas* (pp. 79-121). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Camelo, A. (2002). Humboldt, la ciencia en ancas de mula por las Américas. *Deslinde*, 31. Recuperado de: deslinde.org.co/.../Humboldt_la_ciencia_en_ancas_de_mula_por_las_Americas_o.pdf
- Castro-Gómez, S. (2005). *La hybris del punto cero: ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada, 1750-1816*. Bogotá: Instituto Pensar de la Universidad Javeriana.
- Díaz-Piedrahita, S. (2000). *Matís y los dos Mutis: orígenes de la anatomía vegetal y de la sinanterología en América*. Bogotá: Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales.
- De Certeau, M. ([1980] 1984). *The Practice of Everyday Life*. Berkeley: The University of California Press.
- Foucault, M. ([1966] 1994). *The Order of Things: An Archeology of the Human Sciences* (Alan Sheridan, trad.). New York: Vintage.
- González, B. (2009). *La caricatura en Colombia a partir la Independencia*. Bogotá: Banco de la República.
- González Suárez, F. (1808). *Memoria histórica sobre Mutis y la Expedición Botánica en el siglo décimo octavo (1782-1808)*. Quito: Imprenta del Clero.

- Harvey, D. (1996). *Justice, Nature and the Geography of Difference*. Oxford: Blackwell.
- Hernández De Alba, G. (1986). *Historia documental de la Real Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada después de la muerte de su director Don José Celestino Mutis (1808-1952)*. Bogotá: Instituto de Cultura Hispánica.
- Humboldt, A. V. (1992). *Breviario del Nuevo Mundo*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Matís, F. J. ([1860] 1867). Relación sobre el descubrimiento del guaco. En J. M. Vergara y Vergara (Ed.), *Historia de la literatura en Nueva Granada (1790-1820)* (Tomo 1, pp. 407-413). Bogotá: Imprenta Echavarría Hermanos.
- Nieto, M. (1995). Políticas imperiales en la Ilustración española: historia natural y la apropiación del Nuevo Mundo. *Historia Crítica*, 11, 39-52.
- Nieto, M. (2008). *Orden natural y orden social: ciencia y política en el Semanario del Nuevo Reino de Granada*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Rama, A. (1984). *La ciudad letrada*. Hanover: Ediciones del Norte.
- Semanario de Agricultura y Artes Dirigido a los Párracos*. (1798). Descripción de la yerba llamada Guaco, que es un preservativo contra las mordeduras de las culebras, conforme lo que dice de sus propiedades Don Pedro Fermín de Vargas, Corregidor del pueblo de Zipaquirá, en la siguiente relación (Tomo IV, n.º 103, pp. 397-400). Madrid: Imprenta de Villapando.
- Serje, M. (2005). *El revés de la nación: territorios salvajes, fronteras y tierras de nadie*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Silva, R. (2002). *Los ilustrados de Nueva Granada, 1760-1808: genealogía de una comunidad de interpretación*. Medellín: EAFIT.
- Torres Torrente, B. (1884). Francisco Javier Matís. *Papel Periódico Ilustrado*, IV, 233-234.
- Uribe Uribe, L. S. J. (1963). Francisco Javier Matís, el pintor botánico (en el segundo centenario de su nacimiento). *Separata de la Revista de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales*, XII(45), 89-92.
- Uricoechea, E. (1860, Febrero 4 y 6). Biografía de Francisco Javier Matís. *El Mosaico*, 5, p. 33 y 6, p. 41.
- Vergara y Vergara, J. M. (1867). *Historia de la literatura en Nueva Granada (1790-1820)* (Tomo 1). Bogotá: Imprenta Echavarría Hermanos.
- Vezga, F. ([1860] 1936). *Botánica indígena*. Bogotá: Editorial Minerva.

ANEXO 1

Relación del descubrimiento del guaco

En J. M. Vergara y Vergara (1867). *Historia de la literatura en Nueva Granada (1790-1820)* (Tomo 1, pp. 406-413). Bogotá: Imprenta Echavarría Hermanos.



Don *Francisco Javier Matis* había nacido en Guáduas, villa cercana á la ciudad de Santafé, en octubre de 1774. De edad de diez y ocho años se vino á Santafé á buscar fortuna como artista. Mútis lo colocó como pintor de la expedición, al lado de García, y le cobró cariño por las bellas cualidades de su espíritu y de su corazón. Además de protegerlo y fomentarlo en su arte de la pintura, le enseñó botánica, como si hubiera previsto que de 1820 para adelante sería el que mantuviera encendido el fuego sagrado de las ciencias naturales en Bogotá. Por fortuna, el aprendiz de pintura resultó también un excelente naturalista, y con una vocación tan decidida, que no vaciló, por amor á la ciencia, en exponer su vida para rectificar y comprobar si el *guaco* servía como *contra* del veneno de las víboras. Por este heróico sacrificio va unido su nombre al de la benéfica planta. Matis no era escritor ni por su educación literaria, ni por su modestia. Dejó apenas un escrito, la relación del descubrimiento del *guaco*, que queremos insertar y que el lector verá con gusto, por su embelesadora sencillez y originalidad. Lo sublime de la abnegación y lo apostólico del estilo, hacen ver en Matis un hombre del Nuevo Testamento.

Por lo demás, durante su larga y humilde carrera, no hizo otra cosa que pensar y herborizar, solitario, abstraído y resignado. Sabe Dios cuántas útiles observaciones hizo y se perdieron! Su pobreza, su falta de pretensiones y la carencia de hombres de sus gustos con quienes hablar y comunicarse, impidieron que la posteridad recogiera el fruto de sus largas y constantes excursiones.

He aquí la relación ofrecida:

En la ciudad de Mariquita, en el año de 1788, se hizo el descubrimiento del *guaco* por Francisco Javier Matis, por haber hallado al

negro Pio, esclavo de don José Armero, con una culebra viva en las manos, y haberle preguntado á dónde la había cogido.

Dijo que á la venida de la hacienda de su amo.

—¿A qué te adivino, le dije, las contras de que usas?

—¿A que quizá, contestó, sabrá su merced?

Díjele que usaria del bejuco curare?

—Contestó que sí.

—De la necha? —Que sí.

—De la fruta del burro? —Que sí.

—Y fuera de esas usaria otras?

A lo que me contestó: hace poco descubrí otra que me parece es mejor que las nombradas.

Y sacando del bolsillo una hoja me la mostró, y refiriéndome cómo había sido el descubrimiento, dijo:

Que estando desherbando unas yucas en la hacienda de su amo, vino una águila que nombran guaco, y se paró en un árbol: que estuvo cantando *guacó, guacó...* y que luego se dejó caer entre el bosque; y oyéndole dar aletazos, le causó curiosidad de ir á ver qué eran dichos aletazos; y vió al águila en acción de coger la culebra, la cual se le prendió, y en el instante levantó el vuelo, y se fué. El negro la siguió para ver dónde iría á caer, y vió que á la ceja del bosque se sentó, y comió de las hojas del bejuco guaco, y retrocedió en busca de la culebra, y la halló en el mismo sitio, y la cogió y se la llevó á comérsela á otra parte: que fué el negro y reconoció de las hojas que había comido, y reflexionó: cuando este animal ha comido de este bejuco, buena contra será.

—Ya he aplicado, añadio, á seis, el zumo puro bebido y frotado en las picadas, y ninguno ha muerto.

—Díjele: buen descubrimiento has hecho.

Comuníquele al señor doctor Mútis dicha noticia, á lo que me preguntó:

¿U. vió si esa culebra tenía colmillos?

—No, señor, pero era coral; y esas tienen colmillos.

Díjome: á otra que U. vea, haga que le muestre los colmillos.

Yo creí que pensaba el doctor Mútis que el negro les sacaba los colmillos, y después ya podía jugar con ellas. Pues si él pensó así, yo también.

Al cabo de quince dias apareció el negro con otra culebra taya.

Preguntéle donde la había cogido.

—En la orilla de la quebrada tal.

Dígole: ¿y esa tendrá colmillos? —Sí, mi amo.

—¿Qué haremos para verle los colmillos?

La tomó con la mano izquierda por cerca de la cabeza, y con unas tijeritas cerradas que le metió entre la boca y las abrió, pude verle los colmillitos.

Comuníquele al doctor Mútis dicha observación, y me dijo:

—U. vió los colmillos? —Sí, señor.

—U. los vió? —Sí, señor.

Díjome: vaya U. y tráigame el negro. Fuí en busca de él, y lo traje.

Díjole el doctor Mútis: el señor Matis me ha dicho que tú juegas con las culebras y que estás curado.

—Sí, mi amo.

—Te atreves á curar al señor Matis? —Sí, mi amo.

—Yo te avisaré cuándo; no dejes de pasar acá siempre que vengas de la hacienda, y tráeme de cuantas cosas hallares por esos bosques, sean culebras, cucarrones ú otros animalillos, que yo te regalaré.

Al otro dia fuí al campo y bosques, y traje tres matas chicas de guaco, y las sembré en la huerta.

Al cabo de cinco meses algo más, aparecieron los señores doctor Ugalde, canónigo, el padre Álvarez, jesuita, y el doctor don Pedro Fermín de Vargas; y al tiempo de comer, el doctor Mútis les refirió la noticia del guaco, diciéndoles:

—Tengo una empresa entre manos, que si llego á verificarla será cosa que asombre á todo el mundo.

Díjole el doctor Vargas: señor, una cosa como esa no se debe dejar al tiempo, y sí se debe poner por obra.

Dijo el doctor Mútis: si quieren mandaré donde don José Armero por el negro.

—Sí, señor, dijo el doctor Vargas.

Mandó el doctor Mútis recado á dicho señor Armero. Contestó no estar el negro en la ciudad, que al otro dia vendría. En efecto, al otro dia apareció como á las tres de la tarde.

Díjole el doctor Mútis: estos señores quieren que los cures; vé si te atreves. —Respondió que sí.

—Díjole el doctor Várgas: vamos á la obra.

—Díjole el negro: no, mi amo, ahora no; eso ha de ser por la mañana.

—Bien, dijo el señor Várgas: preven lo que sea necesario, y ven acá por la mañana.

Llevé el negro á la huerta, y cogimos hartas hojas de las dichas matas que habia sembrado hacia mas de cinco meses, que estaban muy viciosas; vinimos a la oficina, machacamos bien las hojas, las envolvimos en un trapo, exprimimos el zumo y lo guardamos en un vaso.

Al otro dia nos inoculó el zumo á quince. Matis fué el primero, luego el doctor Pedro Fermin de Várgas, y despues los demas dependientes de la Botánica. La inoculacion fué en las manos, pechos y piés, tajándome con una navaja de barba, tres tajos en el cútis, y untarme el zumo puro, y una cucharada del zumo puro que tomé. Diez y ocho incisiones me hizo, y lo mismo ejecutó con los demas.

El doctor Várgas le dijo: ¿y ahora podemos coger una culebra?

—Sí, señor.

Y si nos pica? —No tenga cuidado, mi amo.

—Pues anda y tráenos una.

Fué el negro y nos trajo una *taya-equis*, como una vara algo mas de larga; la puso en el suelo.

El dicho señor Várgas le dijo: la cojo?

—Sí, mi amo, ¿no ve su merced cómo la cojo yo?

Y la alzó y se la envolvió en el brazo izquierdo, la sobó por encima, y la culebra no hizo accion de picarlo; púsola en el suelo.

Y Matis le metió ámbas manos por debajo y la levantó; volvió la culebra y le olió las manos: púsola en el suelo.

Siguió el doctor Várgas y la alzó; hizo la misma accion de oler las manos: púsola en el suelo.

Y por mas y por mas que les insté á los demas curados que la alzaran, no hubo otro que se atreviera á alzarla.

Cogila segunda vez; hizo la misma acción de olerme las manos.

—Dígoles á los demas: ven UU? ¡y están con miedo! No fué posible.

Yo, Matis, me quedé pensando: si la culebra no pica á alguno, no quedo satisfecho de la curacion. Me resolví á irritarla haciendo reflexion: qué puede ser? aunque me pique, aquí está el curandero á

quién le tengo fé. En efecto, me agaché y le fuí rascando por encima: algo se encogía; y ya que me acerqué á la cabeza como á una cuarta poco mas ó ménos, revolvió con ligereza y se me prendió, clavándome dos colmillos en los dos dedos centrales de la mano derecha. En el instante me apreté con la mano izquierda para exprimir el veneno. El negro, que tenía en la boca hoja mascada del dicho guaco, me tomó la mano y chupó donde le mostré me había picado, y escupió, y me dijo:

—No tenga su merced cuidado.

El doctor Mútis, que estaba acompañado de los sacerdotes que estaban observando, dijole al negro:

—Toma tu culebra y llévatela, y no te vayas de la ciudad, no sea que vayamos á tener alguna novedad con Matis.

—No, mi amo, no me iré.

Todos se quedaron en expectacion como es natural, y yo me fuí á mi asiento á seguir en la pintura.

El doctor Mútis se entró en la ante-sala y tomó un libro, y de rato en rato me preguntaba:

—Querido, ¿siente U. algo? —No, señor.

—Cuidado; al punto que U. sienta alguna novedad, avise U.

Hasta el otro dia me preguntó el doctor Várgas si había sentido alguna novedad. —Díjele que no.

Díjole al doctor Mútis: señor, el arresto de Matis nos ha hecho ver la certidumbre de la contra.

—Así es, dijo el doctor Mútis; ese fué mucho arresto por quedar satisfecho de la contra.

El doctor Pedro Fermín de Várgas hizo la descripcion de este descubrimiento, y lo remitió á esta capital en dicho año, y aquí la estamparon en el periódico que entonces se publicaba.

Se propagó en Mariquita dicho descubrimiento, y fué tal el abuso, que se convidaban los muchachos á ir a buscar culebras á los bosques y quebradas, y solia yo encontrarlos por las calles jugando con culebras; hasta que un dia picó una *taya* á uno de ellos en una vena que lo hizo verter el chorro de sangre, y le pusieron cataplasmas de hojas de guaco machacadas, y le envolvieron un trapo, y siguieron jugando con ella. Llegaron á la orilla del río Gualí, y se les antojó bañarse. Y en el instante en que entró el picado en el agua, le causó escalofrío con temblor, y tuvieron los compañeros que llevarlo alzado á su casa, y la madre

anduvo en carreras para conseguir al negro Pio para que lo curase. Y hasta lo administraron, porque se vió en riesgo de expirar. Y de aquí tomaron miedo, y se dejaron de buscar culebras.

En el año de 1795, en la Mesa-grande, anduve cogiendo plantas para la Botánica. Ocurrió llamar me arriba de Tena para que viese unas mujeres á quienes había mordido un perro rabioso que bajó mordiendo á cuantos encontraba, racionales y no racionales. Yo las ví, y premedité: el guaco destruye el veneno de las víboras que es mas pronto en causar la muerte: á este le hará mas bien. En efecto, mandé al herbolario que iba conmigo, diciéndole:

—Anda y búscame por aquí el guaco, y tráeme hartas hojas. De pronto lo halló por ahí.

Digo á las mujeres: machaque bien de estas hojas y pónganse en las mordeduras con trapos que las contengan, y por nueve días tomarán del cocimiento de estas hojas, un vaso por la mañana, otro á las once, y como á las cuatro de la tarde, otro. Esto cura á los envenenados por culebras; mejor hará á este veneno. Yo cada quince días paso por aquí; me avisarán si ocurriere alguna novedad.

Y seguí en mi expedición.

Y despues cada vez que pasaba preguntaba si había alguna novedad. —Que no.

Pasados mas de cincuenta días, volví á preguntar.

Me contestaron que no había tenido novedad alguna.

Díjoles que no tuvieran cuidado, que yo había oido decir que hasta los cuarenta días solía resultar el mal, y que ya habían pasado mas de cincuenta.

Comuniqué dicha aplicacion al señor Mútis, y le mandé un tercio de guaco. Al tercer dia de haberlo recibido, se le apareció uno de los señores Rivas, diciéndole:

—Señor, ¿qué hago que los mejores caballos de Chamicera se me están muriendo del mal de rabia, y á cuantos están mordiendo les están pegando dicha enfermedad?

Mostróle el señor Mútis mi carta, y díjole:

—Vea U. la noticia que me ha comunicado Matis; lleve U. el guaco y déles á beber.

Lo hicieron así y se curaron dichos caballos. Con lo que se rectificó dicha aplicación.

Y desde esa fecha se ha estado aplicando contra la hidrofobia á los animales y á los racionales.

En Guatavita, en el año de 1821, el doctor José de Vargas y Alzate me refirió haberse visto desahuciado por junta de médicos el año de 99, en términos que ya tenía tratado el entierro; que apareció el doctor Peñuela, cura de San Benito, quien le aplicó el guaco, y se le contuvieron los accesos de sangre. Y don Nicolás Cárdenas al otro día á las cinco de la mañana se fué á la Mesa-grande á traer dicho guaco, porque aquí no se halló, y volvió á las cinco de la tarde trayendo dicho guaco, y en el acto se lo dieron, con lo que cesaron dichos vómitos. Y quedó curado, y hasta el año de 1848 murió. Y dicho sugeto Nicolás vive en Hato-viejo.